

La ventana

Felipe, viejo compadre: te extrañará recibir esta carta quilométrica luego de todos los años en que no hemos hablado, pero a alguien le tengo que contar esto. Tú bien sabes que no soy un hombre extrovertido. Más bien todo lo contrario, soy un hombre reservado y de buen comportamiento. Ahora, últimamente he sentido que estas características se han apoderado de mí hasta el punto que ya no salgo de mi departamento. Renuncié a mi trabajo y ya no salgo a tomar unas cervezas al bar.

Traté de ver este comportamiento como parte de una crisis de los 30 años. Como estás al tanto, estoy lejos de estar casado y no tengo un proyecto de vida. La verdad es que no sé ni por dónde me pega el viento, por lo que sentí que mi evaluación era la más lógica. Comencé a quedarme frente a la ventana de mi departamento viendo a la gente caminar de un lado para otro. Me perseguía la idea de lo pequeño que es el mundo y de los cientos de historias que tenía cada uno de los transeúntes que pasaban por mi calle. Me inundó la duda y esta me llenó de angustia al no poder responder mis interrogantes. Abrumado por esta situación, caí en el alcohol por unos días, pero solo se trató de una excusa para no ver por esa ventana.

Sabiendo que mi comportamiento ya no era aceptable para una persona normal, decidí acudir a un psiquiatra. Nunca había ido a uno, pero estoy seguro que el tipo jamás había diagnosticado un mal de manera tan veloz. Luego de escuchar los síntomas aceleradamente me dijo que padecía el Síndrome del jorobado de *Notre Dame*. Me extrañó la velocidad a la hora de evaluarme, pero mucho más lo hizo el nombre de mi padecimiento. Me señaló que era muy raro en gente de mi edad (y por extensión, en cualquier ser humano) y que era totalmente curable, pero muy peligroso si no era cuidado. Se trataba de un síndrome auto agresivo que vuelve a las personas mucho más retraídas y calculadoras. Me sugirió volver a la rutina y no pasar mucho tiempo en mi departamento.

Llegué a casa con las mejores intenciones de insertarme nuevamente en la sociedad. Tenía planeado llamar a mi jefe para pedirle que me restituyera mi trabajo y también a todos los contertulios del bar para celebrar mi vuelta a la normalidad. Cuando me disponía a tomar mi teléfono vi la ventana. Esa proyección al exterior me hizo volver a la duda. Nuevamente me sentí pequeño y volví a observar el mundo. Ahora bien, esta vez cambié mi forma de ver. Dejé de mirar a la calle y me dispuse a observar el departamento justo en frente del mío. Te parecerá loco, pero nunca noté que era de color amarillo pálido. Con esto me pregunté que tantas otras cosas habían pasado por encima de mi escrutinio y nuevamente me sentí ahogado en la inmensidad.

Con todas las recomendaciones del psiquiatra en la basura, me situé en la ventana para concentrar mi atención en la lógica horizontal que te comenté anteriormente. Con los primeros minutos de observación concluí que justo en frente mío vivía una mujer de mediana altura con cabellera negra de unos 35 años. A causa de la distancia, el color de sus ojos se mantuvo como un enigma. Con el paso de los días noté que vivía sola o que al menos no estuvo acompañada en esos días. También distinguí que salía a trabajar a las 8:30 en punto. Salía por Hernando de Aguirre caminado en dirección a Lota. Me empeñé en saber en qué trabajaba, pero me fue imposible. Me contenté con saber que volvía a las seis de la tarde todos los días, con excepción de los viernes que llegaba a las cinco. Lo que no mutaba en su rutina era que, sin excepción, todos los días se situaba en una silla en su balcón para fumar un cigarrillo leyendo un libro.

Pasadas dos semanas, tenía que volver a un nuevo control con el psiquiatra. Como adivinarás, no fui. Mi teléfono sonó todo el día de parte de la consulta del doctor, pero ignoré todo llamado. Me pareció que ya estaba curado y además estaba muy ocupado con todo esto de la observación.

Comencé a conocer más sobre mi vecina de enfrente. Verás, desde mi ventana solo podía ver una parte del interior de su departamento, que vendría siendo el lugar donde se encontraba su televisión. Me fijé en los programas que ella veía y yo también los empecé a ver. Me di cuenta que teníamos temas comunes de interés, lo que me entusiasmó mucho. A causa de las coincidencias que teníamos comencé a sentir que existía una cierta conexión entre los dos.

Todo este entusiasmo se vio coartado cuando nuestras miradas se encontraron por primera vez. Me invadió el miedo como nunca en mi vida y me escondí de inmediato. Mi vecina, en cambio, no tuvo la misma reacción. No se vio en lo absoluto incomoda y siguió con normalidad sus actividades. Aquella reacción la tomé como una aceptación a mi observación. Con esto, coloqué una silla frente a mi ventana (para estar más cómodo) y busqué unos binoculares que tenía guardados. Estos me permitieron observar de manera mucho más clara y amplia lo que sucedía en el departamento de mi amiga.

Lamentablemente este encuentro de miradas se volvió cada vez más recurrente y toda mi observación se empezó a pudrir. Comencé a ver a mi vecina algo incomoda y agitada. No salió a su balcón durante dos días y comenzaba a llamar por teléfono mientras miraba entre medio de las cortinas. Con los binoculares distinguí que empezó a entrar más gente al departamento de enfrente, quienes parecían contener las emociones de mi vecina. También pude ver como los demás estaban bastante enojados, pero no supe el porqué. De un momento a otro, el nivel de gente que circulaba bajó de manera considerable y vi como tres hombres cruzaban la calle en dirección a mi edificio. Solo segundos después empezaron a tocar furiosamente mi puerta gritando improperios. No hice caso a los llamados. Muy por el contrario, seguí con mi observación y noté a mi vecina llorando amargamente. Con este comportamiento sentencí su locura y sentí como la conexión entre nosotros desapareció.

En fin, estimado Felipe. El motivo de esta carta es que me internaron en una clínica psiquiátrica. Al parecer, los llamados de mi vecina eran a la policía, quienes notaron mi ausencia a la consulta de mi doctor. Cuento corto, mi psiquiatra señaló que soy peligroso para mí y para la gente que me rodea, por lo que me encerraron contra mi voluntad. Te pido, por favor, que me saques de aquí, que me tienen en una habitación sin una ventana.

Martín Hafemann Jeanneret